

El artículo que publicamos á continuación pertenece á la pluma brillante del ex-capitán secretario del coronel Julio Arrúe y autor del parte del combate de Perseverano, que se batió en esa acción de guerra como simple soldado.

Publicamos también, el último retrato del coronel Julio Arrúe, fallecido en Buenos Aires el 4 de Noviembre de 1897.

La revolución de 1875, ocasionada por la caída del gobierno del doctor don José E. Ellauri, fué un movimiento popular de grandes proporciones en que se vieron confundidos elementos importantes de todas las comunidades políticas.

Aún cuando el gobernante derrocado por efecto de sus mismas debilidades de carácter, no quiso aceptar el concurso de la opinión pública, que se le brindaba casi de un modo unánime, por escrúpulos de partidatismo que no ha de aceptar nunca la historia justiciera, el partido nacional, unido á otras fuerzas vivas de su tradicional adversario, recogió la bandera que manos pocos viriles habían tirado en la fuga, y se lanzó á la lucha con su entereza intrépida, no desmentida jamás.

Tiempo hacía que se agitaban en armas muchos ciudadanos compelidos á la acción por un solo ideal patriótico, llevando por divisa de guerra los tres colores de la bandera de Artigas y de los Treinta y Tres, símbolo de pureza de intenciones y de amor á la tierra, cuando se realizó la expedición al mando del coronel don Julio Arrúe, consumada á costa de nobilísimos esfuerzos y sacrificios.

Entre los que se habían arrojado á la gloriosa aventura antes del desembarque de ese jefe en la Agraciada, debemos mencionar en primera línea á los coroneles Muniz, Pampillón, Saura, García, Rodríguez, Ferrer, de la Llana y otros de reconocido prestigio y nombradía.

Acompañaban al coronel don Julián de la Llana, dando prueba elocuente de abnegado civismo en medio de las crueles vicisitudes de una ruda campaña, el doctor don Leoncio Correa y el señor D. Eugenio Garzón.

El coronel don Julio Arrúe, y dámosle ese título porque en razón de sus méritos relevantes era digno de otro mayor, con más justicia que algunos tenientes generales; hombre de gran temperamento enérgico, de audacia poco común, de principios morales y políticos invariables, de valor intrépido; á la vez que de sentimientos generosos y humanitarios, juzgando llegada la hora de contribuir al común esfuerzo de los buenos, reune algunos de sus correligionarios, apenas sesenta y cuatro, embárcase con ellos, zarpa de Buenos Aires, internase en las revueltas del Paraná, donde su pequeña nave es sacudida por un viento tempestuoso, penetra al Uruguay, hace echar ancla en la ribera oriental muy cerca del monumento de los Treinta y Tres, burla la vigilancia de la nave de guerra que al mando de don Eduardo Beltrán anda con otras desde hace días al acecho

con el agua al pecho y luego entre enormes arenales, sus voluntarios ponen á cubierto en el monte armas, municiones y monturas, en tanto Beltrán cruzaba por delante el río con su vapor *Presidente* sin notarlo ni sentirlo, da descanso de breve tiempo á su corta tropa, la hace poner de pie al romper el alba, dispone lo necesario para defensa á vista de un escuadrón de caballería que asoma coronando la vecina altura, y que después resulta amigo, recomienza la labor dura de transportar sus bagajes y pertrechos á la casa de Ordeñana, especie de nido de águila, resguardado por barrotes de hierro en lo alto de un barranco, y allí atrincherado, mientras retemplaba el espíritu de sus hombres, los organiza y aguarda los medios de movilidad indispensable para internarse en el territorio, ve cruzar las aguas del ancho río por las naves vigilantes que todo alcanzaba á dominar menos la zona peligrosa.

Transcurrido el tiempo necesario para dar unidad de combate á sus reducidas fuerzas, y dictada una orden general por la que se distribuyen cargos ad-referendum, sale resuelto de su escondrijo, marcha largas leguas con actividad asombrosa, durmiendo sobre el caballo y economizando tiempo sobre el hambre y la sed de su pequeña legión, se interna sin tropiezos ni dilaciones en los viejos pagos de Viera, Benavidez y Baltasar Vargas, recibe la incorporación primero de Braulio Sellanes, luego la de Ferrer y Rodríguez, después de Joaquín Fernández y Bertier, destaca al intrépido Sellanes para que al frente de la vanguardia opere una diversión sobre las fuerzas contrarias del coronel Gaudencio y las atraiga á terreno propicio; y al marcha siempre, sin detenerse más que escasos momentos á fin de que respiren hombres y cabalgaduras, y en cierta hora ordena matar reses para comer y en la misma sin vacilar deja á las

reses muertas y sin comer á la tropa reiniciando aquella marcha fatigosa á través de campos y de arroyos, como enclavado en la montura, al frente de la infantería silenciosa que no acierta en el plan y confía sin embargo en su jefe.

Sellanes, que seguía muy atrás las columnas, venía batiéndose en retirada sin ceder terreno sino en los avances, ocultando en lo posible con su valiente regimiento al grueso que se alejaba en son de impotencia para trabar combate.

Esta táctica era favorecida por la naturaleza, ondulada del campo. El adversario llegó á creer que sólo se las había con un bravo, á quien le era duro cejar y que esperaba las sombras protectoras para eludir el choque.

Varios avisos recibió el coronel Arrúe de que su contrario avanzaba sin darse tregua. A esas nuevas, contestaba á Sellanes que continuara sosteniéndose en lo posible.

Ese digno jefe lo hizo así, hasta el último momento.

Resonaba más fuerte y nutrido el guerrilleo á retaguardia cuando el grueso revolucionario hizo alto, á alguna distancia del arroyo San Martín, próximo á una cuchilla llamada la Verde, campo de Perseverano, en el que como á media legua existía un molino harinero.

Arrúe consultó con Ferrer y Rodríguez, y ma-



Coronel Julio Arrúe
† el 4 de Noviembre de 1897